

El agua es la ley



About

Convocada por el Instituto de Investigación Patricia Phelps de Cisneros para el estudio del arte de América Latina del MoMA y concebida por la curadora invitada Camila Marambio, la Cumbre Aconcagua examinó la historia de la gestión del agua en el continente americano mediante el trabajo interdisciplinario de artistas, teóricos, historiadores, abogados, ecofeministas, científicos y comunidades locales. La Cumbre comprende una serie de conversaciones, o confabulaciones, y un tribunal experimental llamado *The Water Is the Law (El agua es la ley)*, presentado en este documento.

Mediante el término confabulaciones, Marambio describe los tres diálogos públicos que moderó los días 11 y 25 de agosto, y 8 de septiembre, entre Carolina Caycedo e Ignacio Valero, María Thereza Alves y Denise Ferreira da Silva, y Cecilia Vicuña y Marisol de la Cadena, respectivamente. El propósito de estas confabulaciones fue reflexionar sobre estrategias de des-extinción, sobre procesos de solidaridad entre el Norte y el Sur, y acerca de una reorientación general hacia las sociedades de cuidado que incluyan el mundo más que humano.

Inicialmente, la Cumbre Aconcagua iba a ser un encuentro de investigación que se llevaría a cabo en Chile, del 28 de abril al 2 de mayo de 2020. La cumbre iba a tener lugar a orillas de la Laguna del Inca, un lago glacial a una altitud de 2680 metros sobre el nivel del mar y que se ubica a mitad del camino hacia la cima del Aconcagua, el pico más elevado de la cordillera de los Andes. El nombre Aconcagua deriva de los términos quechuas Kawa (ver, observar) y Kon (madre de la vida, el mar, el caos, la transformación) y hace referencia al ciclo del agua que va del océano a los glaciares y viceversa. La cuenca del Aconcagua ha sido un tema central de la obra que la artista Cecilia Vicuña ha desarrollado durante toda su vida. En su honor, Marambio había elegido este sitio como lugar de encuentro para la primera conferencia del Instituto Cisneros dedicada al estudio de la relación entre las artes y el medio ambiente en América Latina.

Chile es el único país del mundo en el que el agua está privatizada. Aunque la agenda original de la Cumbre fue organizada de acuerdo a la obra de los artistas y teóricos invitados sobre cuestiones relacionadas con el agua en todo el continente americano, la Cumbre fue coordinada para que coincidiera con las elecciones en Chile —que ofrecían una oportunidad para contemplar el retorno de los derechos del agua al patrimonio común— y, era de esperarse, al agua misma. La inesperada crisis del COVID-19 frenó tanto las elecciones chilenas como la Cumbre Aconcagua.

Para cumplir con estos compromisos, y con los objetivos iniciales ligados a su sede, la Cumbre Aconcagua culmina con la publicación del juicio performativo *The Water Is the Law*, inspirado en el Tribunal Internacional de los Derechos de la Naturaleza.

CODA

Bajar de una cumbre es casi siempre más rápido que subir. Aún así, en el descenso las rodillas se resienten porque el peso del cuerpo en pendiente crea una moción de palanca que requiere de un esfuerzo distinto al del ascenso. Este esfuerzo exige arraigo.

La cumbre del monte Aconcagua es la más alta del continente americano. Darle el nombre Aconcagua a una cumbre virtual dedicada a las aguas del continente americano conlleva una responsabilidad local. Como curadora invitada encargada de la conferencia organizada por el Instituto Cisneros (MoMA), como parte de su investigación sobre las relaciones entre arte y medio ambiente en la región, decidí asumir esta responsabilidad geopolítica en colectivo invitando a cuatro chilenas y una argentina a reflexionar sobre las aguas andinas. La ecóloga Bárbara Saavedra, la historiadora del arte Catalina Valdés, la antropóloga Francisca Fernández, la abogada Nancy Yáñez y la investigadora argentina Maristella Svampa llevan, de distintas maneras, años abocadas a la Cordillera de los Andes. Desde sus disciplinas e indisciplinas, cada una aceptó el desafío de guiar el camino de descenso de la Cumbre con convicción de hierro y el corazón abierto.

Titulado *El agua es la ley*, el epílogo a la Cumbre Aconcagua es este libreto publicado semanas después de que las artistas Carolina Caycedo, María Thereza Alves, y Cecilia Vicuña, en confabulación con el filósofo Ignacio Valero, la teórica Denise Ferreira da Silva y la antropóloga Marisol de la Cadena guiaran el ascenso hacia la cumbre. Junto a ellas avistamos, desde las alturas, ríos, lagos y glaciares entramados. Recordamos que esos distintos cuerpos de agua son un solo cuerpo. Un cuerpo que no es solo un cuerpo, sino también fases de transición, memoria, comunidades en pugna, digna rabia, historia brutal, abstracción letal. Resuenan con ardor las preguntas que se enunciaron en el camino hacia la cima sin contestación. Quedaron revoloteando anhelos. La cálida sensación de sororidad y de posibilidad que germinó al subir se mezcla con la sensación de manipulación y corrupción que se siente al descender hacia un Chile en donde el agua está privatizada y la crisis actual amenaza la biodiversidad.

A modo de partitura coral, los resumidos argumentos que en este libreto se despliegan fueron concebidos como ponencias orales a ser presentadas en un ficticio tribunal de las aguas. Es por ello que te invito, lectora, a reunirte (como puedas) con cuatro personas más para leer el epílogo en voz alta. Así, *El agua es la ley* se convertirá en un acto estético-performativo que desafía lo que nos fragmenta, lo que nos aleja, lo que nos abstrae.

Reunir arte, ciencia, legalidad y política para crear una vibración tonal que recuerda que todo es agua es deber común.

Camila Marambio, curadora invitada
Cumbre Aconcagua

El agua es una rara y versátil sustancia. A escala global, la mayor parte del agua es salada y el 97 % ella está en los océanos y mares; un 2 % se encuentra en forma de hielo en los polos y en campos de hielo, y solo el 1 % es agua dulce. Este pequeño porcentaje está conformado mayoritariamente por hielo (69 %), otro 30 % es agua subterránea y apenas un 1 % es apta para el consumo humano y de otras especies terrestres. A estos estados bien conocidos de la materia (sólida, líquida, gaseosa), el agua suma un estado supercrítico que se encuentra a altas presiones en volcanes —como los tantos que recorren los Andes—. Esto muestra la versatilidad y diversidad innata del agua. Lo mismo sucede con la vida asociada: el agua es la esencia de la vida, y la vida es la biodiversidad.

La biodiversidad es la trama ecológico-evolutiva que distingue nuestro mundo. Es la máxima singularidad de nuestro Universo. Conformada por millones de especies desconocidas, es el único entramado sobre el que se sostienen las poblaciones humanas y que, fundamentalmente, permanece invisible al ojo de nuestras sociedades. Es el agua la que ha sido capaz de dar origen y sostener todas las formas de la vida que han poblado la Tierra durante los últimos 3,500 millones de años, incluyéndonos. Toda la diversidad de la vida pasada y presente —y ciertamente también la futura— pende de aquel hilillo escurridizo existente en nuestro planeta. Es por ello que las zonas con mayor diversidad en la Tierra son justamente los humedales, ecosistemas ricos en agua, entre los que se destacan las turberas (69 %), los lagos (21 %) y los ríos (0,5 %), además de otros menos reconocidos como los salares, los humedales costeros, los pantanos y manglares, además de ecosistemas costeros (2,6 %). Una fracción invisible y críticamente valiosa para el agua y la vida está en el suelo (3,8 % agua). En el que se encuentran muchos organismos pequeños, hongos, bacterias, archaea, insectos, raíces, invisibles a nuestros ojos, pero que, junto con la vegetación, son esenciales para mantener esta delgada capa superior de la Tierra, esencial para la existencia de la vida tal como la conocemos. La biodiversidad conecta a los humanos con el líquido vital a través del ciclo del agua, el cual es posible solamente cuando existe diversidad vegetal. Sin biodiversidad ni ecosistemas vegetales como bosques, praderas, matorrales, humedales, no existiría agua dulce para la especie humana, ni tampoco oxígeno, alimentos, medicina, ni podría conformarse nuestra identidad o desarrollarse nuestra espiritualidad. Es en el seno de la biodiversidad en el que se macera, despliega y anida la esencia más profunda del ser humano. La biodiversidad de una nación, de una comunidad o sociedad —y finalmente de nuestro planeta completo—, constituye su bien común más relevante y necesario.

Los humanos somos, en esencia, agua. Conformamos una triada fundamental: biodiversidad-agua-humanos, que nos define y permite ser. Esta triada es la unidad mínima sobre la cual florece y se despliega toda la maravilla de la vida. Nuestra existencia, y la de todo el resto de seres con los que compartimos este planeta, es, finalmente, la misma. Somos naturaleza. Somos agua. Ni más ni menos. Así de simple, así de complejo.

La pérdida de biodiversidad —o la degradación de la naturaleza— es el mayor problema global que enfrenta el mundo, incluso por sobre otros más reconocidos como el cambio climático. Y resume un drama que se repite en cada territorio y maritorio con más de un 75 % de sus tierras alteradas y más de 66 % de los océanos impactados. Incluyendo al continente americano, el mayor contenedor de biodiversidad y agua dulce existente en el planeta.

Dramático es justamente el estado del agua dulce que, como dijimos, es solo una pequeña fracción del agua disponible, pues al día de hoy constatamos que un 85 % de los humedales del globo ha desaparecido. Esto es más dramático aun en ecosi temas como el Mediterráneo de Chile central, donde yo estoy parada hoy día. Tal deterioro ha tenido impacto directo o indirecto en cientos de miles de comunidades que padecen los efectos de sequía y escasez hídrica, incluyendo —por cierto— muchas chilenas, especialmente a los pies del Aconcagua.

La cuenca del Aconcagua es pura vida, porque está llena de agua. Es casi la mitad de la provincia de Valparaíso, mi tierra natal, en el corazón de la cordillera de los Andes, y donde he desarrollado mi existencia. Si recorremos mentalmente los 170 km que van desde su cumbre más alta hasta su desembocadura, encontramos jugosos humedales por doquier, los que originan, limpian y mueven el agua en los Andes: decenas de glaciares, que van generando ríos como el Juncal, el Colorado y que, junto con muchos otros ríos como el Putaendo; esteros como el Catemu, el Limache o los Litres, van dando forma al magnífico río Aconcagua. El río Aconcagua mueve —paradójicamente— en una explosión de vida, que es el humedal de Mantagua, y su muerte es también el nacimiento de la vida costera tan propia de Chile, la que alimenta con sus nutrientes.

Este río sostiene toda la actividad humana de la zona, incluyendo la agricultura, la ganadería, la minería, industrias y poblados varios. Muchas de ellas han ido devolviendo una mala mano al río y la cuenca, con contaminantes, drenajes innecesarios y la consecuente destrucción de la vegetación de sus laderas, masivos y sedientos monocultivos de paltas, embalsamiento, entre muchas otras mezquindades que, poco a poco han ido adelgazando aún más el vital hilo de sus aguas.

De niña solía bañarme en las aguas del río Blanco, en Riecillo. Mi hija nunca ha podido mojar sus pies en su ahora muerto lecho. Casi la mitad del suelo de la cuenca está hoy erosionado y, en algunos lugares como Llay-Llay o Calle Larga, sobre el 70 % de su suelo está yermo, incapaz de sostener la esencial vegetación que mueve el agua y la vida.

La degradación de la naturaleza nos degrada como humanos. Pues los humanos y la naturaleza somos una misma cosa, un mismo textil. El textil de la vida que trenza humanos, biodiversidad y agua. Un triángulo básico que hoy se repite en cada rincón de nuestro planeta. Incluido el Aconcagua.

Espero que en esta Cumbre proclamemos la necesidad de re-fundar lo humano. Este orden básico debe estar reconocido en los principios rectores de la humanidad completa.

A 72 años de distancia de la Declaración Universal de Derechos Humanos, que fuera proclamada en un mundo posguerra horrorizado por el Holocausto, enfrentando lo que hasta entonces se creía era el mayor peligro para la humanidad: una guerra nuclear, pienso que ha llegado el momento de refundar dicha Declaración, y de poner en su centro la trenza de la vida, distinguiendo cada una de sus hebras: la humana, la de la biodiversidad y el agua, que finalmente es la que nos sostiene a todos.

Amplificar desde esta Cúspide Aconcagua el clamor que Natura viene vociferando en cada territorio —especial pero no únicamente desde la cuenca del Aconcagua— invitando a conocer, restaurar, recomponer, expandir, remediar, reforzar, la trenza de vida que da luz y agua a nuestra singular esfera y que finalmente es la luz de nuestra propia existencia.

Francisca Fernández

Hola, me llamo Francisca Fernández, soy integrante del Movimiento por el Agua y los Territorios, de Chile y del Comité socioambiental de la Coordinadora Feminista 8 de Marzo. Me presento ante ustedes debido a la intensificación de una crisis ecológica y social producto de la devastación de la naturaleza, que en Chile se vincula con la privatización de las aguas y de diversos bienes comunitarios, lo que hace que sea fundamental recuperar las memorias ancestrales de los flujos de las aguas.

El Movimiento por el Agua se compone de alrededor de cien organizaciones plurinacionales de Arica a Magallanes, cuya principal lucha es por la derogación del Código de Aguas, creado en 1981, que posibilita la privatización del agua.

En Chile, el agua se puede comprar, vender, arrendar y hasta hipotecar, lo que crea un mercado de aguas bajo la figura de derecho de aprovechamiento. En ese marco, dentro del movimiento nos hemos articulado colectivos de pueblos originarios, del pueblo afro, migrantes, miembros de sectores rurales y urbanos. Las distintas colectividades de pueblos originarios y mestizos en el contexto andino han sido claves en este proceso.

Es importante señalar que entendemos a los Andes como una columna vertebral por la que fluyen las aguas. En el norte de Chile se ubican comunidades aymaras, quechuas, diaguitas, likanantay, y en el valle central, de donde provengo, del valle de Aconcagua, específicamente, teníamos comunidades asociadas a una etapa llamada Aconcagua (por la producción de su alfarería), que eran consideradas como el norte del pueblo mapuche Pikun Mapu. Este es, fundamentalmente, un espacio de articulación entre el Kollasuyu, la parte sur del Tawantinsuyu, y la parte norte del Wallmapu.

Es así que la Mama Cocha, la Mama Cota o la Yaku Mama, donde el agua es considerada madre, es origen de la vida. Es primordial entender que dentro de la cosmovisión andina, el agua se origina desde la montaña, que es la cuna fundamental de los flujos que después se escurren a través de los ríos como si fueran la sangre. El agua, en ese sentido, es un espacio, un lugar sagrado que remite a memorias ancestrales, a narrativas de memoria del pasado, del presente y del futuro.

En un contexto andino, las pacarinas son el origen del mundo, de los linajes, de las comunidades. Las pacarinas son lugares sagrados, *wacas*, que son aguas de manantiales, *puquios*, dentro de los que se destaca el lago Titicaca, donde se origina la vida y surge la primera pareja de incas, Manco Cápac y Mama Ocllo. Por eso, su vital importancia. Por una parte, el agua surge del Uku Pacha, del subsuelo, donde están los elementos telúricos, la serpiente. De ahí se desprende otra visión respecto al flujo hídrico. De ahí se eleva el Kay Pacha, el aquí y ahora, donde se genera toda la actividad agrícola para, finalmente, terminar en el Hanan Pacha, el cielo, que es parte y eje de la construcción de la Vía Láctea, a la que se considera el gran río, el Mayu, para después volver al Kay Pacha en forma de nieve, de granizo, de lluvia. Ahí está todo el sistema hidrológico. Entonces, vemos que en el contexto andino esta visión del agua es fundamental, porque —ojo— el agua es el sostén de la vida, de la fertilidad a través de la articulación con la tierra. Y, en ese sentido, agua y tierra son absolutamente indisolubles.

Sin embargo, hoy, en el Código de Aguas de 1981, heredero de la constitución del 80, se genera una división en que comunidades campesinas, originarias y afro tienen sus tierras, la propiedad, pero no así los derechos de aprovechamiento de aguas, lo que produce un quiebre en esta lógica cosmogónica en que el agua es la fuente de la vida, donde se puede lograr, finalmente, abastecer a la tierra, que es el soporte de toda vida, tanto la humana como la no humana. En ese sentido, el agua es considerada un bien comunitario, un sujeto político, pero que es parte de las comunidades, y por eso, siempre hay que ofrendar.

El agua, como les contaba, se origina en las montañas; por eso, las montañas son consideradas reservorio de aguas, pero también nos vinculan a los tres estadios: el arriba, el acá y el subsuelo. Por eso, la ofrenda más emblemática que se realizaba era el *enterratorio* de niñas y niños, ensoñando nuevas territorialidades. En el Apu, un cerro tutelar tan importante como el Aconcagua se enterró a un niño que cumplió esa misión, al igual que en el cerro El Plomo, en Chile, donde también se encontró un niño.

El valle del Aconcagua es uno de los afluentes importantes que surgen de las aguas de esta gran montaña que está, además, ubicada hacia el lado argentino. Por eso, nos parece primordial, en la lucha de la desprivatización y la recuperación de las aguas, reivindicar las memorias ancestrales de los pueblos que estuvieron aquí.

Mi nombre es Catalina Valdés. Me presento ante este Tribunal de las Aguas en mi condición de historiadora del arte para exponer argumentos visuales que revelan la paradójica relación entre geografía y política, y demuestran la radical verdad que contiene el paisaje cuando emerge de la experiencia física de recorrer los territorios.

Me basaré en la presentación de un caso paradigmático: la formación de la imagen de la cordillera de los Andes meridionales.

¿Cómo se ha formado la imagen de estos Andes del sur? No hablo de las rocas ni de la tierra, hablo de su espejo imaginario. Tampoco hablo de expansiones ontológicas, me remito a la imaginación occidental, a un proceso meramente moderno que gobierna actualmente, tanto a la montaña como a nosotras.

En la formación de esta imagen convergen concepciones históricas de la montaña que sólo en contadas ocasiones implican la experiencia de recorrerla. Su representación está marcada por una utopía de progreso que aspira al dominio de la naturaleza por medio del catálogo y el límite, y en el que cuyos agentes, los hombres (prácticamente no hay mujeres en esta historia), acuden a ella como surtidora de riquezas, mitos de origen y lugares de identidad pretendidamente comunes. La cordillera se presenta como un camino que conecta historia y lugar, constituyéndose como un campo de batalla, un fondo de tela, un inmenso monumento a glorias patrias.

En un proceso de progresiva distinción e inscripción nacional, la cordillera se revela como un paso para miles de exiliados que cruzan, de una ladera a otra de la montaña, en busca de una nación que garantice sus libertades (fig. 2).

Se ancla la vista en la cordillera como en un punto de referencia para la apropiación, en clave nacional, del lenguaje visual europeo que reconoce en la montaña un valor de belleza universal (fig. 3). Este proceso de formación de la imagen moderna de los Andes meridionales culmina en la construcción de una frontera. Sobre este punto quisiera centrar mi argumentación.

Las corrientes positivistas de la geografía en el siglo XIX hicieron de la frontera una institución desde la cual se definía a la nación como un territorio abstraído. Esta relación entre nación y territorio se sustentaba en “leyes naturales”, supuestamente inmutables y fundadas en una autoridad superior a las voluntades humanas (fig. 4).

Así, durante el siglo XIX y a medida que se sumaban a la corriente de la modernidad, los países entraban y salían de guerras y tratados, pretendiendo establecer fronteras “naturales”, que calzaran con flujos de aguas o cimas de montañas, firmes en la convicción de que su distinción estaba inscrita en la tierra. En el caso de los Andes meridionales, la frontera entre Chile y Argentina se constituyó como resultado de una guerra



fig. 1
José Gil de Castro. *Capitán General Bernardo O'Higgins Riquelme* (Captain General Bernardo O'Higgins Riquelme). 1820. Óleo sobre tela, 205 × 136,5 cm. Museo Histórico Nacional, Santiago

fig. 2
Benjamin Franklin Rawson. *Repartiendo pan en la cordillera* (Giving Out Bread in the Andes). 1855. Óleo sobre tela, 146 × 168 cm. Complejo Cultural Enrique Udaondo Luján



fig. 3
Onofre Jarpa. *En las cordilleras de Chillán. Quebrada del Manzano* (The Chillán Mountain Range. Manzano Ravine). 1893. Óleo sobre tela, 200 × 131 cm. Col. Museo Nacional de Bellas Artes, Santiago



fig. 4
Detalle de la representación de la cordillera a la altura de Santiago y Cuyo. Juan de la Cruz Cano y Juan de la Olmedilla (dibujado en Madrid, 1775). Mapa Geográfico de América Meridional (grabado e impreso por William Faden en Londres, 1799). Disponible en el la colección virtual de mapas “davidrumsey.com”

de mapas. Los límites pasaron de ser concebidos como una franja o zona porosa, parecida a un camino, a una línea cartografiable y controlada, más parecida a un muro (fig. 5).

En un comienzo, los expertos se esforzaron por encontrar dicha línea en antiguos mapas, con la idea de que en el pasado colonial se forjaban los cimientos de las naciones modernas. Pero esos mapas contaban derroteros de otros tiempos, y ahí donde debía estar la línea había, en cambio, espacios vacíos, nombres cambiados, pliegues y equívocos del paso del dibujo al grabado. Eran un archivo de prácticas geopolíticas imperiales y tecnologías superadas que no respondía al esfuerzo de delimitación nacional (fig. 6).

Buscando formas de superar la herencia colonial, teorías geográficas elaboradas lejos del terreno pretendían zanjar la frontera, convocando falsas descripciones de la vida de la montaña. El tratado de 1881, por ejemplo, rezaba:

El límite entre Chile i la República Argentina es de norte a sur, hasta el paralelo de los 52° de latitud sur, la cordillera de los Andes. La línea fronteriza correrá en esa extensión por las cumbres mas elevadas de dichas cordilleras que dividan las aguas i pasará por entre las vertientes que se desprendan a un lado i otro.

Esta geografía abstracta, especulativa, pretendía forzar a rocas, volcanes, torrentes y glaciares y reducir sus formas a una simetría geométrica (fig. 7).

Así, desde mediados del siglo XIX, la imagen de la cordillera se vio reducida a un perfil, una línea de contorno impuesta al horizonte con la que se forzaba el calce y la continuidad de las altas cumbres con la divisoria de aguas, los dos argumentos fuertes de la geopolítica de la época (fig. 8).

Pero resulta que cualquier experiencia en terreno, por muy lejana al conocimiento topográfico que sea, revela que la cordillera de los Andes no tiene un encadenamiento principal, sino que suma cordones montañosos de diversa altitud y extensión. Esto implica una línea de altas cumbres que en terreno es discontinua y, en el mapa, muy compleja de trazar. Recorrer la montaña pone de manifiesto, también, que la distribución de las aguas de deshielo hacia sus costados no forma, a pesar de los empeños de esta imagen, una línea única (fig. 9).

En resumen, los expertos se esforzaban por construir una frontera forzando la unión de dos líneas imaginarias que no calzaban ni entre ellas ni con las propias leyes de la naturaleza que supuestamente las regían, leyes que, a estas alturas comenzaban a delatar el intenso dinamismo de la vida natural. A esa vida me refiero cuando digo “la radical verdad del paisaje”, pues reconozco que los únicos bordes están dados por el alcance de la mirada humana (fig. 10).



fig. 5
Carta esférica de la parte interior de la América meridional para manifestar el camino que conduce desde Valparaíso a Buenos Aires construida por las observaciones astronómicas que hicieron en estos parajes en 1794 Dn. José de Espinosa y Dn. Felipe Bauzá, Oficiales de la Rl. Armada en la Dirección Hidrográfica [y miembros de la Expedición Malaspina]. [Madrid] Dirección Hidrográfica, 1810 (54 × 82 cm). Biblioteca Nacional de Chile

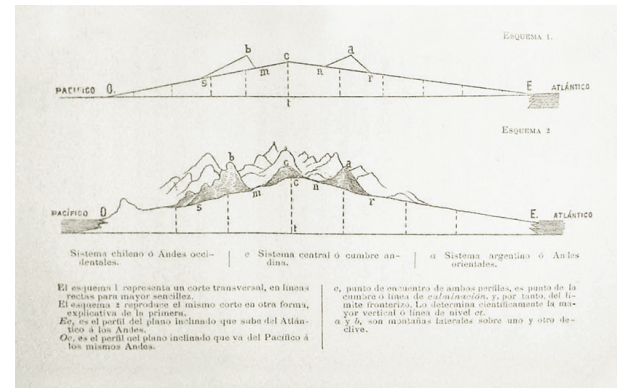


fig. 6
Eduardo de Barra. "Esquema 1", en *El problema de los Andes*. Buenos Aires: Imprenta de Pablo Coni, 1895. p. 31

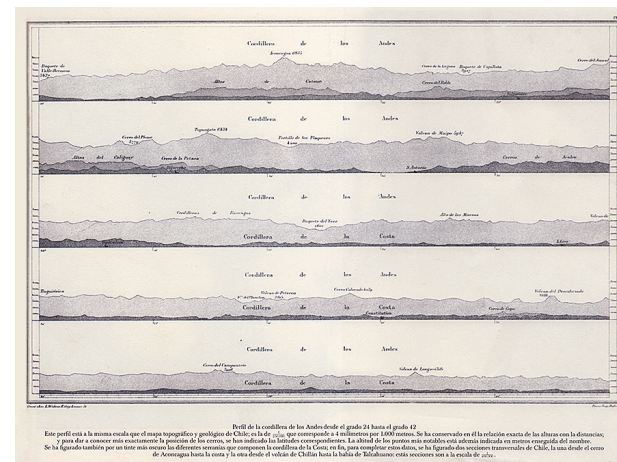


fig. 7
Pedro José Amado Pissis, *Perfil de las Cordilleras de los Andes y de la Costa*. Plancha 14 del *Atlas de la geografía física de la República de Chile*. Paris, Instituto geográfico de París, 1875

Lo que siguió, es más o menos lo que vivimos hoy (fig. 11). Una cordillera concebida como abismo, un espacio percibido como residual y desierto, pero plagado de monolitos y minas. Un lugar expropiado de la vida silvestre y entregado por los gobiernos de aquellos países ya delimitados, a ese otro gobierno, que nos rige y que, evidentemente, prescinde de fronteras, pues es global. Del perfil cartográfico a la actual cuadrícula de explotación minera no hay más que un paso (fig. 12).

Solicito a este tribunal que considere estos argumentos como antecedentes de una política que pretendió entrar en diálogo con la geografía, que reconoció en las descripciones de la montaña, al menos en el papel, una prueba que excede a las voluntades humanas. ¿Si las formas de la naturaleza fueron prueba válida para ajustar los contornos de una nación, por qué no lo son hoy para reajustar los contornos de nuestras vidas?

Pido, además, que se tome a estas imágenes como testimonio de una cultura gráfica que hoy comienza a disolverse en una suerte de segunda naturaleza virtual.

Finalmente, sugiero acoger mi participación como el intento de reafirmar las necesarias prácticas exploratorias que produjeron evidencias materiales a fines del siglo XIX y que hoy vuelven a ser requeridas para recomponer una historia natural que nos incluya: es urgente volver a terreno.

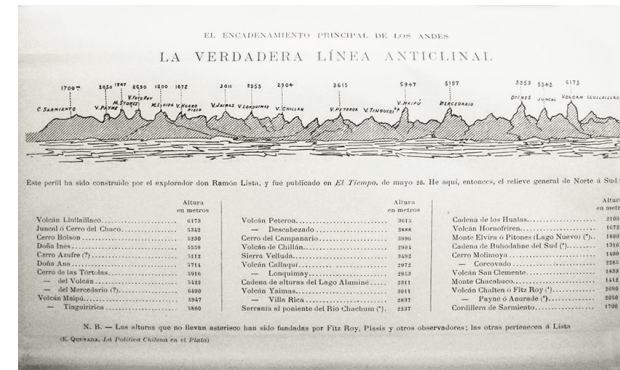


fig. 8
"El encadenamiento principal de los Andes. La verdadera línea anticlinal", lámina del libro de Ernesto Quesada, La política chilena en El Plata. Buenos Aires, Moen Editor, 1895

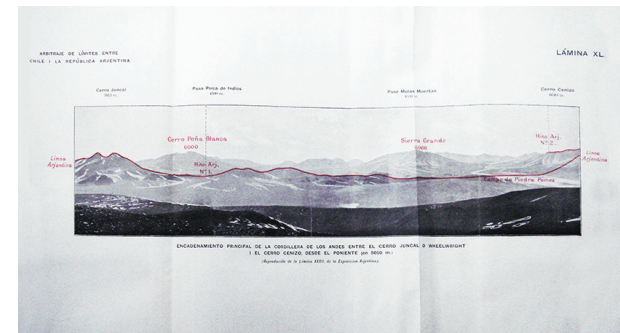


fig. 9
Lámina XL. Exposición que por parte Chile i en respuesta a la Exposición argentina se somete al tribunal que constituyó el gobierno de su majestad británica en su carácter de árbitro nombrado por el acuerdo de 17 de abril de 1896. París: Imprimerie Chaix, 1902

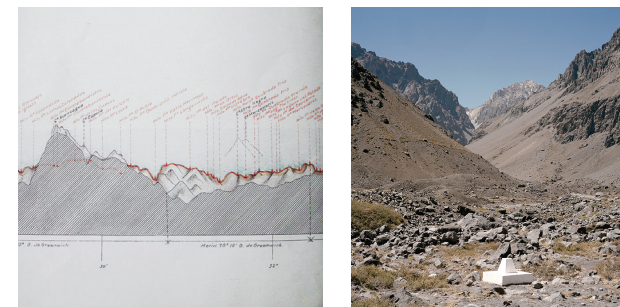


fig. 10
Perfil longitudinal de la Cordillera que demuestra el recorrido de la línea divisoria con la República de Chile. Comisión de límites de la República Argentina. Archivo General de la Nación de Buenos Aires, fondo Hermitte n. 28 (detalle de la hoja plegable)

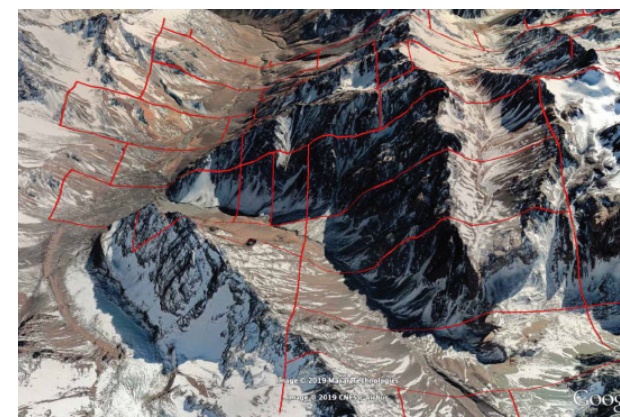


fig. 11
Ignacio Acosta. Pedimento minero (Mining Monument). Fotografía tomada en el Parque Andino Juncal, diciembre 2018

fig. 12
Imagen satelital con grilla que delimita las propiedades de explotación minera inscritas en el área comprendida en el Parque Andino Juncal, sitio Ramsar para la conservación de alta montaña, 2019. Parte del proyecto Pedimento Minero de Ignacio Acosta y Tomás Dinges

Soy Nancy Yáñez, directora del Centro de Derechos Humanos de la facultad de Derecho de la Universidad de Chile. Hoy, voy a hablar sobre la situación de las aguas en Chile y su impacto respecto a los pueblos indígenas del norte del país.

Entre la cordillera Domeyko y la cordillera de los Andes se encuentra el salar de Atacama. Ahí ha tenido lugar el desarrollo de la civilización atacameña, denominada Lican-Antai en lengua propia (el kunza). En la actualidad, este pueblo está conformado por aproximadamente diecinueve comunidades que habitan en las riberas del salar. Durante las últimas décadas, estas comunidades han vivido una extrema presión por la disponibilidad de recursos hídricos, fundamentalmente derivada de la sobreexplotación minera y del boom que ha tenido el desarrollo turístico en el territorio.

Los conflictos socioambientales en el territorio son de gran envergadura. Y de ello dan cuenta los niveles de sobreexplotación de aguas en el salar de Atacama, así como en los acuíferos que suministran agua a este ecosistema. La CORFO (Corporación de Fomento de la Producción), en un estudio que involucra las explotaciones realizadas del 2000 al 2015, nos indica que ingresan al salar aproximadamente 6800 l/s⁽¹⁾ y salen, como consecuencia de las explotaciones antrópicas, aproximadamente 8842 l/s. La minería saca agua dulce, pero también saca salmuera, fundamentalmente para la explotación de minerales no metálicos, específicamente de litio. Uno de los principales acuíferos de la cuenca es el Tilopozo-Pajonales; la Dirección General de Aguas ha informado que este se encuentra sobreexplotado en aproximadamente seis veces su capacidad natural.

La distribución de las aguas en el territorio es totalmente inequitativa. La minería concentra aproximadamente el 70 % de las aguas; el sector agropecuario el 17 %, que corresponde fundamentalmente al aprovechamiento agrícola y ganadero de comunidades indígenas para fines de subsistencia, y el consumo humano utiliza el 13 %. Gran parte de este consumo está destinado a la industria turística. Las comunidades tienen derechos de agua marginales en el territorio. El proceso de inscripción que tuvo lugar en el año 2000, reservó para las comunidades derechos de agua superficial inscribiéndose aproximadamente 70 derechos para dieciocho organizaciones. Y este régimen es posible porque en Chile ha existido un proceso de privatización de las aguas a partir de la adopción del Código de Aguas en el año 1981. Conforme con este mecanismo, el dueño de un derecho de agua lo adquiere, y puede enajenar libremente las aguas en el mercado y puede usarlas para los usos que estime conveniente sin ningún tipo de limitación, y eso es lo que permite, por un lado, la concentración de derechos y, por otro lado, la sobreexplotación por falta de regulación.

En el año 1992, se intentó corregir el efecto que podía tener este sistema de privatización, fundamentalmente en los ecosistemas altoandinos que corresponden a vegas y bofedales, prohibiendo la explotación de aguas subterráneas

que alimentan estos ecosistemas. También intentó corregirse la situación respecto a las comunidades indígenas; la Ley Indígena, en el año 1993, reconoció el derecho de propiedad ancestral de las comunidades indígenas con respecto al agua. Pero estos correctivos no han logrado revertir la situación crítica de estrés hídrico en el territorio. El caso paradigmático es el de la comunidad de Peine, constituida por aproximadamente quinientas personas, rodeada de empresas mineras que han puesto en riesgo la integridad cultural de la comunidad y del ecosistema, debido a la escasez hídrica producto de la sobreexplotación. Las comunidades han intentado hacer frente a esta situación evidenciando que la política pública ha omitido dos variables: por un lado, la escasez hídrica en el territorio, y, por otro, que se trata de una zona de extrema aridez. No se han adoptado políticas para salvaguardar la sustentabilidad del salar y las fuentes de agua que lo alimentan, pese a su fragilidad ambiental y la biodiversidad que alberga, tampoco se han adoptado políticas destinadas a prevenir y revertir los efectos del cambio climático, no obstante que se observa en el territorio una disminución sostenida de las precipitaciones.

Los esfuerzos de las comunidades, entonces, han estado destinados, por una parte, a oponerse a la explotación minera y evitar la aprobación de nuevos proyectos, y, por la otra, a generar mecanismos por medio de los cuales se pudieran articular los distintos intereses en el territorio respecto a los proyectos en ejecución, pero de un modo que sea coherente con los intereses indígenas y coherente con el interés fundamental de protección de los derechos de la naturaleza y de la madre tierra.

Esta es la temática que las comunidades indígenas llevan al debate constituyente en Chile, en el que esperamos que, efectivamente, el agua ya no sea un bien privado, sino que sea un bien común y se busquen mecanismos legales para que se garanticen sus funciones sociales y ambientales en forma preferente respecto a los usos industriales. Porque lo que permite la vida en el planeta es precisamente que el agua esté disponible para todas y todos, de modo que podamos acceder en forma equitativa al vital elemento.

Mi nombre es Maristella Svampa. Soy socióloga y escritora. Vivo en Buenos Aires y desde hace muchos años trabajo en problemáticas socioambientales en clave latinoamericana. Quisiera hacer tres comentarios en el marco del Tribunal de las Aguas.

El primero está vinculado a las ricas intervenciones de las compañeras de Chile acerca del grave problema de privatización de las aguas en su país que revela un creciente proceso de desposesión. Sus voces ilustran la memoria larga y la memoria corta de sus luchas.

Por ejemplo, Francisca Fernández nos conecta con la cosmovisión indígena anterior al régimen de desposesión colonial, una concepción ancestral que entiende a las montañas como los grandes reservorios de agua. La voz de Catalina Valdés, por otro lado, nos ilustra efectivamente sobre el avance del régimen liberal asociado al estado nacional que instituye fronteras y que, para ello, coloca las líneas divisorias de aguas como demarcadoras de límites entre países; pero nos ilustra también sobre el avance de un modelo de apropiación de la naturaleza, y de forma muy particular sobre cómo la minería ha instituido un régimen corporativo global de control del agua. Además, Nancy Yáñez nos introduce de lleno en un momento de exacerbación de este régimen de desposesión en Chile, en el que la sobreexplotación de los bienes naturales impacta fuertemente en las poblaciones más vulnerables, y dejando una distribución desigual. Nos dice, también, que no solo la industria del cobre, sino, sobre todo la del litio es la que está involucrada en este proceso. Por último, la voz de Bárbara Saavedra nos recuerda el trípode esencial articulado por naturaleza, humanidad y agua y también nos señala el hecho de que la biodiversidad no es un bien apropiable.

En esta línea, se podría decir que estamos, en el caso chileno, ante una figura extrema del extractivismo, de la privatización y la mercantilización de las aguas. Sin embargo, escuchando a las compañeras, se me vino a la mente una categoría de Rita Segato, la categoría de *dueñidad*. Rita Segato sostiene que el mundo de hoy es un mundo marcado por la dueñidad y el señorío, que hablar de desigualdades no basta, que el mundo es un mundo de dueños. Bueno, Chile también es un país de dueños, ¿no? En diciembre del 2019, por ejemplo, la revista *Forbes* publicó el ranking de la gente más rica del mundo, donde figuraban nada más y nada menos que diez empresarios chilenos, entre ellos, el actual presidente de Chile, Sebastián Piñera, y la mujer más rica de América Latina, vinculada a la minería. Es importante destacar que la fortuna de estas familias fue amasada sobre la base de la expansión del extractivismo, de los monocultivos sedientos de agua, de la industria forestal, la frontera pesquera y de la minería de cobre, por supuesto, pero muy especialmente ahora de la minería de litio.

Agua y extractivismo, estrés hídrico, agua virtual, agua y feminismos, agua y biodiversidad, agua y territorio, agua y dueñidad son temas que, sin duda, deben estar en la agenda

de la Asamblea Constituyente que esperemos que pronto se realice en Chile. Y las hermanas han destacado muy particularmente la necesidad de que esta agenda incluya al agua como un bien común y que además el acceso al agua se considere un derecho universal en el marco del paradigma de los derechos de la naturaleza.

Un segundo comentario está vinculado a la expansión de los conflictos socioambientales que podemos advertir en la profusa cartografía latinoamericana actual. Son conflictos muy ligados al agua, no solo aquellos que están vinculados a la minería, sino también a los monocultivos, y las megarrepresas, tema éste último que ha aparecido en este ciclo de reflexión organizado por el MOMA.

Es importante subrayar que gran parte de los ríos más largos del mundo han sido represados o alterados de alguna u otra forma. Según datos de la revista *Nature*, en el planeta existen aproximadamente 60.000 megarrepresas, y actualmente se están construyendo otras 3.700. Ya quedan muy pocos ríos largos que fluyen libremente en el mundo. Por causa de estructuras como las megarrepresas, lo que se ha perdido es la conectividad de los ríos, no solo con sus afluentes, sino también entre sus lugares de nacimiento y de desembocadura, con todo el impacto que ello implica para las poblaciones que durante siglos han vivido de esos ríos.

La presentación de la artista colombiana Carolina Caycedo destaca la historia de los ríos represados, particularmente del Magdalena, y los impactos sobre las poblaciones de este bien común transformado en un bien de cambio, mercantilizado. Es importante decir también que en la última década, los ríos en América Latina, a través de grandes proyectos de infraestructura, se han transformado en hidrovías. Hidrovías que se constituyen como rutas del extractivismo para transportar las distintas materias primas, los distintos *commodities*: minerales, metales, soja, petróleo, hoja de palma... en fin, tantos *commodities* que se exportan desde América Latina al mundo. Sin duda, esta nueva cartografía de conflictos coloca a la disputa por el agua en el centro de la agenda y de la reflexión sobre las numerosas luchas ecoterritoriales que hoy se dan en América Latina y que van revelando también la emergencia de un paradigma relacional, que cuestiona el paradigma binario de la modernidad occidental consolidado en los últimos 500 años, que separa a la sociedad y al ser humano de la naturaleza, concibiéndolo como un ser independiente o autónomo de ella, amo y señor, que está llamado o destinado a dominarla.

En realidad, lo que nos dicen los pueblos indígenas que hoy resisten a los proyectos extractivos; lo que nos dicen también las luchas feministas o los feminismos populares que se extienden en América Latina, es que es posible transformar nuestra relación con la naturaleza a través de un paradigma relacional que subraya los vínculos de interdependencia y que se abre a otros lenguajes de valoración de la tierra, en el que la complementariedad, la reciprocidad y los cuidados se

revelan esenciales en el proceso de afirmación de que lo importante es la sostenibilidad de la vida. Conceptos como los de buen vivir, derechos de la naturaleza, territorio, autonomía, agroecología, soberanía alimentaria, posextractivismo, cuidados, están sin duda en el centro de este paradigma relacional que recorre las luchas ecoterritoriales hoy en día en América Latina, y que dan cuenta de la emergencia de una narrativa novedosa, una contranarrativa emancipatoria, que a nivel global adquiere cada vez más importancia.

En tercer lugar, quisiera decir algunas palabras acerca del rol del arte en este proceso, sobre todo al calor de esta crisis civilizatoria que hoy se revela casi como terminal, en un momento también de crisis sanitaria vinculada a la pandemia que hoy todos padecemos. Que el arte se puede concebir como un portal hacia otros mundos posibles es una verdad de Perogrullo. No es nuevo, pero de alguna manera adquiere una significación novedosa en este momento de crisis, en el que los lenguajes emancipatorios, los lenguajes políticos, parecen más bien obturados.

El arte viene promoviendo una conversación muy rica, muy interesante, como bien señala la escritora y crítica de arte Graciela Speranza, una conversación en clave de antropoceno con diferentes disciplinas desbordando barreras epistemológicas y vinculándose, diría yo, en un diálogo de saberes novedosos con los movimientos socioambientales, los pueblos originarios, y los campesinos que hoy están luchando contra la expansión del neoextractivismo.

Este diálogo de saberes que apela a la complementariedad, a los cuidados, es un punto de partida para pensar esos otros mundos posibles y para dar visibilidad, también, a los procesos de reexistencia que se gestan al calor de estas luchas. Resulta paradójico que no sea en el terreno del pensamiento político y social, que no sea en el campo de las ciencias sociales y humanas que encontráramos o que encontremos estas contranarrativas relacionales en las que convergen política, sociedad, ecología y estética. Muchas de las ciencias sociales y humanas, están en realidad atrapadas en un analfabetismo ambiental, o en una suerte de ceguera epistémica, desarrollista, productivista, que fomenta la expansión del neoextractivismo, y que contribuye a acelerar el colapso ecosistémico a nivel global y, por supuesto, a reforzar esta guerra contra la naturaleza, contra la vida, a la cual estamos asistiendo. En ese sentido, el arte conversa de manera emblemática con estos procesos de reexistencia y genera una dinámica de liberación cognitiva que nos permite pensar esos otros mundos posibles, en donde la sostenibilidad de la vida, de la vida digna, esté en el centro.

En esa línea, también se inserta la apuesta por un pacto ecosocial, económico e intercultural desde el sur, una propuesta integral y holística que busca articular justicia social con justicia ambiental, así como articular justicia de género con justicia étnica. Sabemos que la coyuntura es extraordinaria, pero la crisis y el colapso son cada vez más acelerados, y por eso

es urgente una disputa de sentidos que instale la necesidad de pensar y concretar otro tipo de sociedad, una en la que la solidaridad, la resiliencia y la democracia estén en el centro. Un pacto ecosocial que no es otra cosa que un pacto con la vida y con la naturaleza. Un pacto de reexistencias.

Biografías

Francisca Fernández Droguett es antropóloga, magíster en Psicología Social y doctora en Estudios Americanos por el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Es bailarina de danza andina, miembro del Movimiento por el Agua y los Territorios, y del comité socioambiental de la Coordinadora Feminista 8 de marzo.

Bárbara Saavedra es ecóloga y trabaja en conservación de biodiversidad. Lidera la implementación del modelo de conservación con base científica Karukinka en Tierra del Fuego, y es Directora de Wildlife Conservation Society en Chile.

Maristella Svampa es escritora e investigadora argentina. Es doctora en Sociología por la École des hautes études en sciences sociales, París. Es investigadora principal del CONICET y profesora titular en la Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

Catalina Valdés es doctora en Historia del Arte por la École des hautes études en sciences sociales, París, y la Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires. Actualmente investiga de forma independiente proyectos sobre arte y naturaleza.

Nancy Yañez es licenciada en Ciencias Jurídicas y Sociales por la Universidad de Chile, magíster en Derecho Internacional con mención en Derechos de los Pueblos Indígenas por la Notre Dame University, Estados Unidos, y doctora en Derecho por la Universidad de Chile.

Camila Marambio es fundadora y directora artística del programa de investigación colectiva Ensayos. Es doctora en Práctica Curatorial por la Monash University, Australia, magíster en Arte Moderno por la Columbia University y magíster en Experimentos en Arte y Política por Sciences Po, París.

El Instituto de investigación Patricia Phelps de Cisneros para el estudio del arte de América Latina fue fundado por The Museum of Modern Art en 2016, gracias a la visión y generosidad de Gustavo A. Cisneros y Patricia Phelps de Cisneros.

El Instituto Cisneros aspira a convertirse en una importante plataforma para el arte de América Latina al fomentar el pensamiento crítico a través de las fronteras. Desde sus programas y publicaciones busca estimular, apoyar y diseminar nuevos acercamientos al arte moderno y contemporáneo de América Latina y su rol como una parte integral de la cultura global. Busca además, promover la multiplicidad de perspectivas de artistas y académicos de América Latina, al potenciar el intercambio de ideas a nivel internacional.

Como parte de The Museum of Modern Art, el Instituto busca fortalecer el compromiso histórico del Museo con Latinoamérica a partir de investigaciones rigurosas y experimentales de su colección, así como del establecimiento de colaboraciones con artistas, historiadores del arte, críticos, curadores, e instituciones de la región.

Los programas del Instituto Cisneros se llevan a cabo en conjunto con Contemporary and Modern Art Perspectives (C-MAP), la iniciativa de investigación global del MoMA, que cuenta con el apoyo de The International Council of The Museum of Modern Art.

Para más información sobre los programas del Instituto Cisneros y sobre la Cumbre Aconcagua, visite: <https://www.moma.org/research-and-learning/cisneros/>

Imagen de portada: *"El encadenamiento principal de los Andes. La verdadera línea anticlinal", lámina del libro de Ernesto Quesada, La política chilena en El Plata. Buenos Aires, Moen Editor, 1895*